

Crematorio

Rafael Chirbes



Eliminando una intervención anterior sobre papel. Foto: Carla Medina

Una trama elaborada sobre relaciones familiares y centrada en dos hermanos, un ideólogo convertido en agricultor y un constructor sin escrúpulos, le sirven al autor de esta novela para retratar algunos de los principales problemas de la sociedad contemporánea. En ella planean diferentes reflexiones sobre la condición humana, historias de desencantos y frustraciones personales que vienen finalmente a constatar el fracaso del mundo de los ideales. La corrupción urbanística retratada en estas páginas, sacada fielmente de la realidad actual, aparece como una perfecta maquinaria diseñada para poder destruir el patrimonio cultural atesorado por un territorio a lo largo de los siglos.

De joven, ella creía que el arte ayudaba a enfrentarse a las vicisitudes de la vida, y hubiera pensado que, en un día como hoy, Brouard tendría sus libros para consolarse.

Ahora sabe que ocurre más bien lo contrario; que los artistas suelen ser gente nerviosa, especialmente vulnerable, algo así como activos imanes a los que las cosas afectan más intensamente que a los demás: su arte no los vuelve más fuertes, sino más quebradizos. Cuando su padre le recriminaba que, ya que no había optado

por ayudarlo en su empresa, al menos tenía que esforzarse por abrirse paso como pintora, lo que él llamaba ser alguien en el mundo del arte, lo que hacía era recordarle que a ella le faltaba esa parte, la de ser imán, la de captar energías de dentro y de fuera. Podía ser una cuidadosa artesana, pero no una verdadera artista. Él nunca entendió que no se sintiera capaz de hacer ese esfuerzo suplementario que exige la creación, y no ha aceptado que su profesión —más por casualidad que porque ella tuviera una idea clara de que iba a

ser así cuando la eligió— se ajusta mejor a su carácter. Reponer los aceites, quitar los añadidos, los repintes, la grasa, el hollín, el humo de las velas que han cubierto cuadros y frescos, reparar los craquelados, los clivages que las variaciones de ambiente, de temperatura, han provocado, ha sido para Silvia una peculiar forma de restablecer la justicia; aunque así dicho suene muy altivo, ella está convencida de que en su trabajo hay algo de poner las cosas en su sitio. Sin duda, la casi totalidad de las tareas que ejecuta tienen mucho de me-

cánicas, pero un restaurador es también el que despoja de prejuicios, el que devuelve una verdad escondida bajo inercias repetidas a lo largo del tiempo, hasta convertirse en lugares comunes. Así, permite descubrir que las Meninas de Velázquez no son el retrato de una corte sombría, sino la imagen luminosa de unas niñas ricas, o que los forzudos de Miguel Ángel tienen sexo. Silvia se lo explicó a Juan cuando se conocieron: No eres tú quien está en lo que limpiamos, pero puedes encontrarte a ti misma en ese trabajo.

(...)

Veinte años después, sigue pareciéndome hermoso salvar las cosas que el tiempo ha estado a punto de llevarse, ver que algo se está hundiendo, está a punto de desaparecer para siempre bajo el agua del tiempo, y, gracias a una buena restauración, respira de nuevo, recupera la vida que estuvo a punto de abandonar. Silvia desprecia que la gente invierta en objetos de dudoso valor artístico mientras el mundo está lleno de obras de arte en peligro. Hace unos meses, en una población cercana tuvo ocasión de participar en la restauración de unas pinturas de Maella en muy mal estado, casi borradas, y lo que el primer día que las vio desde lejos pensó que se trataba de un pastel académico de muy relativo interés, poco a poco, al acercarse a ellas, al tratar con ellas, a medida que fueron disolviéndose los cristales de sal que habían hecho saltar en muchas zonas el mortero y la película pictórica, y fueron despojándolas de los repintes, de los añadidos, de las capas superpuestas fruto de anteriores y torpes restauraciones, y recuperaban los colores originales, empezaron a aparecerse como la plasmación de unas pesadillas violentas, expresadas en una atrevida combinación de colores, a la vez intensos y sombríos, inquietantes en su trazo tanto como en su composición, algo que los críticos que vinieron a verlas definieron como de poderosa fuerza goyesca.

Silvia pensó con satisfacción que eso que había estado pintado allá arriba, olvidado durante más de doscientos años en la cúpula de una capilla apenas visitada, la modesta iglesia de un pueblo en decadencia, ahora volvía a expresarse en su plenitud. Alguien había pintado unas pesadillas que precedían a las que treinta años más tarde haría Goya, y que habían estado a punto de desaparecer. Un equipo de restauración les había otorgado una consideración que no habían tenido jamás. Cómo no sentir emoción al ver concluido un trabajo así. Por eso habla Silvia de que su trabajo es, en cierto modo, una forma de establecer justicia, de poner en su sitio las cosas. Eso, su padre, que tan sagaz se muestra en otras cuestiones, ella está convencida de que es incapaz de entenderlo, no por cortedad, sino más bien por orgullo.

(...)

Silvia sabe que a los restauradores les toca devolver al espíritu de su época la obra que el paso del tiempo deformó (desbragar a los forzudos de Miguel Ángel es devolverlos al tiempo en el que fueron pintados), pero también se devuelve la obra a su tiempo cuando se repintan los gusanos de los cuerpos corruptos que trajo el barroco y que el transcurso de los años estaba a punto de hacer desaparecer. Los compañeros escultores de Silvia han participado en una campaña para reparar los velos marmóreos que envuelven las figuras de la siniestra capilla Sansevero de Nápoles, y ella misma participó en la restauración de la capilla de San Francisco en Évora, con todos aquellos miles de calaveras que forman sus muros, devolver en su esplendor la lúgubre realidad de aquel tiempo. Es su trabajo, el trabajo de restaurador, guste o no, apartarse discretamente y dejar que la representación se lleve a cabo sin ti. Claro que la realidad se cuele por todas partes, a veces de manera violenta, no te escapabas de ella. Pero ¿qué es la realidad? Decir realidad es una forma de no

decir nada, es hablar de conformismo, desviar tu propia responsabilidad en el curso de las cosas. El hollín de las iglesias quemadas o bombardeadas durante las guerras es un principio contundente de realidad, el sello de un tiempo. Hace poco, su amiga Helena, la arqueóloga municipal, le enseñó los trabajos que dirige en estos momentos y que consisten en la exhumación y consolidación de los restos romanos descubiertos bajo la vieja plaza: el foro, las ruinas de las termas republicanas, mezcladas con edificios de la época de Augusto y otros del bajo imperio, cuyas construcciones se confunden con los sillares de la vieja catedral visigoda, todo revuelto, un hojaldre, o ni siquiera un hojaldre, una pasta de muchas capas que se ha apelmazado, mal cocida en el horno del tiempo. Bajo un toldo protector, había algunos troncos amontonados; al parecer fueron los que sirvieron como mástiles para sostener las tiendas que constituyeron la ciudad originaria, poco más que un campamento que fue arrasado durante las guerras de Sertorio. Julio César habrá estado por aquí, le dijo Helena. Se han encontrado restos de aquella batalla: armas, esqueletos en los que aún se distinguen hundimientos en la nuca, fracturas craneanas producidas por el impacto de piedras, costillas rotas por una punta de lanza que, en algunos casos, aún permanece incrustada dos mil años después. Varios de los esqueletos encontrados tienen los brazos y las piernas cortados, mutilaciones que revelan antiguas heridas, y otras que los expertos achacan a sesiones de tortura. Civiles, o soldados que sirvieron en un ejército que seguramente no se ocupó demasiado de ellos, como no suelen ocuparse de la soldadesca los altos mandos, ni los grandes dirigentes de sus militantes, concluyó su explicación Helena.

CHIRBES, Rafael. *Crematorio*. Barcelona: Anagrama, 2007, pp. 113-116; 121-123

La publicación de estos fragmentos de la obra *Crematorio* ha sido posible gracias a la autorización de la Editorial Anagrama.